

particularmente en la de Medina-Sidonia, ante los Duques, y en las de otros sujetos literatos, de que tengo algunos versos que hizo en tales ocasiones.)

Segun dice *Villarroel*, en estos nada armónicos versos, escritos poco despues del fallecimiento del ilustre religioso,

De repente una relacion decia
Y al mismo tiempo que la recitaba,
La pluma en otro asunto ejercitaba,
Y en diferente metro lo escribia.

Don Diego Rejon de Silva, en un pedantesco romance, dirigido á *Benegasi*, dice del peregrino talento de fray Juan:

Aquel ingenio famoso,
Con quien son, al compararse,
Rocas urracas los cisnes,
Y pigmeos los gigantes...;
Aquel que miró al Pegaso,

Por dócil al manejarle,
Inmóvil monte á su rienda,
Veloz rayo á su acicate...;
Aquel que dictaba á un tiempo
De amanuenses á dos pares...

Álvarez y Baena añade que «mereció el nombre que se le daba de *Monstruo de sabiduría y elocuencia*.» Que así era llamado es la verdad, y de ello da testimonio su amigo y fervoroso admirador *don José Benegasi* en estos versos:

Doctísimo fray Juan, monstruo en la ciencia,
Maravilla y asombro del Parnaso,
Segundo Lope, nuevo Garcilaso,
Á quien el mismo Apolo reverencia..

El candoroso *Benegasi*, cuya admiracion rayaba en ardiente entusiasmo, escribió un poema en octavas para honrar la memoria del celebrado carmelita (1).

¿Mereció real y verdaderamente *fray Juan de la Concepcion* tanto renombre y tanta autoridad? Rara vez hay prendas intelectuales de alto temple y de trascendental alcance en estos hombres que son prodigios de gimnasia intelectual. Que no era hombre de vulgar y rastreada laya lo patentizan sus propias obras teológicas y literarias, por más que afeó grandemente á estas últimas el estilo conceptuoso, que fué acaso en su tiempo uno de los más eficaces títulos de su fama. Su historia demuestra que habia en su carácter cierto ambicioso desasosiego y cierta audacia, de aquellas que atraen la atención pública; y en estos impulsos, que su carácter sagrado no alcanzaba á enfrenar, hay que buscar principalmente su acción y su fuerza entre los hombres de su época.

La Academia Española le abrió sus puertas en 1744, y rompiendo fray Juan con la práctica establecida, pronunció en verso su *oración gratulatoria* ó discurso de entrada, causando no poca extrañeza, segun confiesa su mismo encomiador *Benegasi*. Gentes poco aficionadas á innovaciones censuraron al nuevo académico, juzgando la forma poética poco adecuada á la naturaleza de aquel acto y á la gravedad de formas propia de las solemnidades del docto é ilustre instituto.

Publicó una revista critica, titulada *Resurrección del Diario de Madrid, ó nuevo cordón crítico general de España* (1748). La crítica era por entonces escabrosa tarea, y el travieso censor se ocultó sucesivamente con cuatro nombres supuestos.

Pero donde se ve más patente la índole inquieta y resuelta del sabio carmelita, es en su tendencia á tomar parte en el movimiento político de su tiempo, haciéndose eco de los clamores populares. Empleaba para esto la poesía en el tono y forma del pueblo, y ocultando, por supuesto, su nombre, pues otra cosa no consentía el sagrado carácter de que se hallaba

(1) *Fama póstuma del reverendísimo padre fray Juan de la Concepcion*, etc. Madrid, imprenta del Mercurio, 1754.

revestido. En dos de sus papeles, titulados, el uno *El Patán de Carabanchel*, y el otro *El Poeta oculto*, impresos poco despues del advenimiento al trono de Fernando VI, entre consejos, súplicas, quejas y felicitaciones, dice útiles verdades y expone ideas atrevidas para aquel tiempo.

Esto tiene escasa importancia para la historia literaria, pero la tiene muy grande para la historia política de la nacion. El tiempo no caminaba en balde. Quien así anticipaba, por medio de cantos populares, la acción política de la opinion, ejercida más adelante por la imprenta periódica, era esta vez ¿quién lo diria? un sabio religioso, tan respetable como respetado; un consultor del Infante-Cardenal don Luis, y, lo que es más singular, un calificador de la Suprema Inquisición.

Fray Juan de la Concepcion puede ser considerado como uno de los indicios más palpables de la trasformacion moral que, así en España como en los demas países de Europa, asomaba ya, con más ó ménos claridad, á mediados del siglo XVIII.

Maduras las ideas nacies, y formado el gusto literario, el fecundo y laborioso carmelita habria sido acaso un aventajado escritor y un insigne poeta. Escritas en aquella época de confusion y de mal gusto, sus obras literarias se resienten de ligereza, de afectacion y de la manía conceptuosa, que todo lo afeaba y deslucia. La posteridad no ha consagrado la gloria del *Monstruo de la sabiduría*, que no fué, como otras muchas glorias, más que un eco pasajero de las impresiones contemporáneas. *Fray Juan* fué uno de aquellos muchos que, condeñando severamente los vicios de la escuela conceptuosa, incurrian á sus anchas en los deplorables extravíos. Estaba tan dominado por el estragado gusto de su época, que lo seguia sin advertirlo, cabalmente en el momento mismo en que lo censuraba. Aplaudiendo la naturalidad de estilo de su amigo *don José Benegasi*, dice así:

«Está mal con los que hablan crepúsculos y escriben lobregueces. Hace bien. No sé por qué no ha de condenar la elocuencia la secta de los *anochecidos*, como la Iglesia la de los *alumbra-dos*... El Corinto de España ha sido Córdoba; y como si fuera para todos ir á Corinto, el anhelo de remedar al superior ingenio cordobés, á muchos españoles los ha hecho *griegos*.»

Incorregible era, sin duda, quien, al recomendar la sencillez y la claridad, da ejemplo de este lenguaje alambicado y presuntuoso. ¿Quién hubiera dicho al celebrado carmelita que, con todo su ingenio, habia de quedar, en la triste historia de la poesía de su tiempo, tal vez más bajo que el humilde y modesto *Benegasi*, objeto de tantas burlas en la era de Carlos III?

CAPÍTULO VI.

Síntomas claros de cambio en el gusto literario.—Época doctrinal.—*Diario de los Literatos*.—*Poética* de Luzan.—*Iriarte* (don Juan).—*Artigas*.—*Sátira de Jorge Pitillas*.—Índole francesa de su inspiracion.—Aclaracion del seudónimo.

No pocos indicios anunciaban ya en los primeros años del siglo XVIII la trasformacion del gusto literario, que habia de llevarse á cabo por medio de reglas é institutos de origen frances. Entre ellos pueden señalarse tres, claramente significativos: la creacion, en 1713, de la *Academia Española*, encargada de «proponer reglas de buen gusto, así en el pensar como en el escribir» (1); la publicacion, en el mismo año 1713, del *Cinna* de Corneille, traducido por don Francisco Pizarro, marqués de San Juan; y la imitacion de la *Ifigenia*, de Racine, publicada por Cañizares, ántes del año 1716. Veinte años despues, los indicios de la introduccion en España del gusto extranjero se convierten en patentes é incontestables testimonios. Los más calificados que pueden citarse son tres igualmente, como estos indicios cuya importancia acabamos de señalar: la *Poética* de Luzan; el *Diario de los Literatos*; la sátira

(1) Estatutos primitivos.

de Jorge Pitillas. Todavía el vulgo mira con aversión novedades literarias que, por lo estrechas y melindrosas, cuadran mal con su índole y con su tradicional espíritu, y moteja de afrancesados á sus introductores; pero ya la lucha es recia y vigorosa. Los nuevos campeones están muy distantes de la crítica profunda y luminosa que algunos años adelante ha de brotar en la docta y sesuda Alemania; carecen del genio que deslumbra y arrastra con fascinadores ejemplos; pero no pueden menos de triunfar, porque lleva su bandera el victorioso lema del *sentido común*, del cual las letras castellanas se iban apartando por completo.

En el punto á que habian llegado el trastorno y la depravacion del gusto literario, forzoso era que la principal reforma emanase, no del prestigio del ejemplo, no del estro de grandes poetas, sino del recto sentido de las gentes. Con el advenimiento de la Casa de Borbon iba naciendo un nuevo espíritu de cultura, que embarazaba la carrera de aquel torrente de diletantes, de retruécicos y de conceptos. La primera reforma que requería el funesto estado de las letras habia llegado á ser, ante todo, como ántes hemos indicado, una cuestion de sentido común. Hacer recobrar á éste su imperio, fué en aquellos tiempos el glorioso afán de Feijóo, de Martínez, del padre Isla y de otros sabios varones, cuyo entendimiento sereno y bien encaminado se hallaba como comprimido y sofocado en aquella atmósfera de afectacion y de preocupaciones.

La inspiracion alta, sencilla y espontánea no cabia en la poesía de aquella época. Era necesario, para que alumbrase el sol del estro verdadero, disipar de antemano las nubes del mal gusto que cerraban tenazmente el paso al calor del corazón, á la luz de la fantasía. Ésta fué la ardua empresa que acometieron algunos hombres de noble instinto y firme pensamiento. Conquistaron entre ellos uno de los lugares más altos y gloriosos los ilustradísimos sacerdotes don Juan Martínez Salafrañca y don Leopoldo Jerónimo Puig, fundando y sosteniendo, durante algun tiempo, una revista trimestral, titulada *Diario de los Literatos de España* (1), que forma época en los anales de la historia literaria del siglo XVIII. Habian comprendido que era llegado uno de aquellos períodos de transformacion intelectual, en que sólo la crítica inexorable y justiciera puede enfrenar abusos arraigados, y abrir camino á la razon atropellada. No era época de creacion literaria; era época de exámen doctrinal. El *Diario de los Literatos* cumplió su objeto de una manera memorable. Á manera de aquellos adalides que en los *juicios de Dios* peleaban á todo trance, sin más mira ni más impulso que el entusiasmo que inspira la conviccion de la buena causa; así los llamados *Diaristas* emprendieron su escabrosa tarea. En cualquier tiempo es la crítica imparcial y rigurosa amargo y difícil empeño. Para el *Diario de los Literatos* fué una verdadera contienda. Filosofía, ciencias, filología, historia, amenas letras; todo lo abarcaba el grande espíritu de aquellos hombres denodados, cuyo único anhelo se cifraba en hacer triunfar la verdad; y la verdad en aquellos tiempos era un misterio que pocos comprendian, y cuya luz á casi todos ofuscaba y hería. En balde se emplearon, durante dos años, para triunfar de aquel censor implacable, las armas del insulto, de la calumnia, de la intriga y de la amenaza. Salafrañca y Puig no entibieron ni un momento, mientras existió el *Diario*, su noble é irrevocable propósito. Pero es áspero y á veces incontrastable el empuje de la ignorancia desemmascarada, y la situacion de aquellos nobles campeones de la cultura llegó á hacerse insostenible. El aplauso de los doctos y el apoyo sincero y eficaz del mismo rey Felipe V, no bastaron al cabo á impedir la muerte prematura de aquella ilustrada revista (2). Esta obra reformadora, en verdad sorprendente para aquel tiempo, por la

(1) Comenzó á publicarse por Enero de 1737. Tomaron parte en las tareas del *Diario*, don Juan de Iriarte, Jorge Pitillas y otros notables literatos, animados del espíritu reformador.

(2) Al generoso é ilustrado espíritu de don José del Campillo, secretario del Despacho Universal de Hacienda, debió el *Diario de los Literatos* la protec-

cion de Felipe V. A propuesta de su Ministro, mandó este soberano que el *Diario* continuase publicándose á sus expensas. Campillo no desmayó en su apoyo, siguiendo sin tregua el sano consejo, que le dieron Salafrañca y Puig, de armarse de resolución para despreciar toda especie de contemplaciones perjudiciales al bien público y deshonorables á quien las tie-

erudicion, por la imparcialidad y hasta por el idioma, vivirá siempre en nuestra historia literaria como un padron glorioso de sensatez y de energía.

Acallada estaba aquella protesta vigorosa contra el error y el mal gusto. Pero los gérmenes de la verdad cundían y fermentaban ya en todas partes, y fué estéril empeño ahogar una voz reformadora. Cuando llega la hora de los adelantamientos intelectuales, á una voz que muere, responde otra voz fraternal y simpática. En el mismo año 1737, en que el *Diario de los Literatos* dió principio á su carrera de luminoso meteoro, se publicó en Zaragoza la *Poética* de Luzan.

Esta *Poética* fué, en verdad, un fenómeno intelectual lanzado de improviso en medio del caos tenebroso en que se habian hundido las letras españolas. Luzan tenía muchas de las prendas que constituyen á los críticos de primer orden, y si su libro extraordinario ha perdido una parte de su interés, sólo puede esto atribuirse al ensanche que han dado á los principios literarios la filosofía moderna, y muy singularmente los escritores de la docta Alemania. La importancia relativa de la *Poética* de Luzan fué inmensa, y aún hoy día su importancia absoluta es no pequeña, y de cierto mucho mayor de lo que generalmente se imagina. Hay doctrinas que nunca envejecen. De ellas está sembrada esta *Poética*, y por eso su lectura causa y causará siempre á las personas ilustradas fruición verdadera y cierta impresion de agradable sorpresa. Principios reinan hoy día en la literatura, tenidos por reciente conquista de la crítica filosófica que inauguraron Lessing y otros no menos insignes compatriotas suyos, que ya se encuentran expuestos y como adivinados en la obra de Luzan. Había éste educado y nutrido su entendimiento con vastísima y muy sazónada lectura; sus ideas no son reflejo exclusivo de ajenas observaciones; llevan sello de vida propia, y se advierte desde luego que han nacido de la impresion recibida en grandes fuentes literarias, antiguas y modernas, y de un instinto crítico espontáneo y seguro.

Se ha querido algunas veces presentar á Luzan como mero iniciador de la escuela francesa del siglo de Luis XIV (1). Esto es desconocer el alcance de sus ideas y el carácter relativamente libre de su doctrina. Había pasado su juventud en Italia, engolfado en el estudio de la antigüedad y de los grandes escritores italianos (2), y esta educacion especial habia dado á sus principios críticos mayor amplitud que la que cabia en los dogmas de los preceptistas franceses, consignados con tanta elocuencia en el *Arte Poética* de Boileau. Este insigne poeta satírico, que podria llamarse el legislador de la sensatez literaria, se dejó llevar demasiado del hechizo que ejercieron en su tiempo las obras de gusto acrisolado que produjo en Francia aquel siglo de altísima cultura. Pero haciendo exclusiva su admiracion, y extremando sus artificiales tendencias, incurrió en el error en que caen siempre aquellos que erigen una doctrina invariable con las impresiones contemporáneas. Boileau cifra una gran parte de la perfeccion poética en ciertos principios convencionales, y toma á veces por belleza eterna lo que no es más que una especie de etiqueta literaria, reflejo pasajero de costumbres ceremoniosas y de refinamientos cortesanos. No está Luzan al abrigo de esta censura, porque el amaneramiento y el espíritu de imitacion eran resabios de escuela, que constituian en no pequeña parte

ne. (Carta de los señores Salafrañca y Puig al ministro don José del Campillo.)

La noble proteccion de la corte no bastó á dar larga y sosegada vida al *Diario*. No pudo resistir más que dos años escasos al furor vengativo de sus enemigos, que se complacian en las persecuciones y adversidades de sus redactores.

La pugna en que éstos vivian con sus detractores, puede juzgarse por sus propias palabras: *Tanto trabajamos para la defensa como para la misma obra. La comenzamos y continuamos, como los muros de Jerusalén en tiempo de Nehemías, con la espada en una*

mano y los instrumentos en otra. (Prólogo al tomo VII del *Diario de los Literatos*.)

(1) Véase, entre otros, á Ticknor, *Historia de la Literatura española*, tomo IV, cap. II.

(2) Vivió Luzan unos diez y siete años en Genua, en Milan, en Palermo y en Nápoles. En esta última ciudad, al lado de su hermano el Conde de Luzan, gobernador del castillo de San Telmo, tuvo ocasion de sobresalir entre los primeros literatos, como habia ya sobresalido en Palermo en la academia llamada *del Buen Gusto* y en la del Príncipe de Santa Flavia.

las máximas generales de aquella edad. Pero conocia y admiraba á los poetas más insignes de Grecia, de España y de Italia, y ellos le habian infundido cierto espíritu de independencia, á cuya luz discernia claramente el error de algunas doctrinas inspiradas por la rutina.

Con muchos ejemplos podriamos comprobar esta observacion; pero á fin de evitar digresiones aquí intempestivas, nos limitaremos á hacer notar el antagonismo de opiniones que resalta, entre Luzan y Boileau, en un punto en que de tal manera se han aferrado la costumbre y los preceptistas, que áun hoy día no falta quien sustente con el ejemplo la doctrina derrocada en el presente siglo por los mejores críticos y poetas.

Boileau, arrastrado imperiosamente por la fuerza de la tradicion pagana, de que estaba impregnada toda la civilizacion literaria de su época, antepone á la verdad sencilla de la naturaleza, á las emociones directas del alma, al idealismo cristiano, el hechizo artístico de las alegorías mitológicas. Según él, la poesía

Se soutient par la Fable, et vit de fiction,

y con este solo verso, explanado despues en un largo período de dialéctica persuasiva, ha hecho más daño á la verdadera poesía, que Dante, Shakspeare y el Ariosto con la ruda y por demas natural desnudez de muchas de sus ideas y de sus palabras.

Entusiasmado con los artificios de los emblemas materiales, casi prescinde del mundo moral, y no comprende ni el mar sin tritones, ni la pintura poética de la justicia y del tiempo, sin las imágenes tangibles de la balanza y del reloj de arena. ¿Qué otra cosa significan los siguientes versos?

*De n'oser de la Fable employer la figure,
De chasser les tritons de l'empire des eaux,
D'ôter à Pan sa flûte, aux Parques leurs ciseaux;
C'est d'un scrupule vain s'alarmer sottement,
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrément.*

(L'Art Poétique, canto 3.º)

Tanto se aficiona Boileau á la ficcion poética, que llega á creer sinceramente que sólo de ella dependen los movimientos íntimos del alma y hasta la sensibilidad misma. Así lo manifiesta claramente en estos versos:

*Que Neptune en courroux s'élevant sur la mer,
D'un mot calme les flots, mette la paix dans l'air,
Délivre les vaisseaux, des syrtes les arrache;
C'est là ce qui surprend, frappe, saisit, attache.*

¡Cómo habia de sospechar Boileau que llegaría una edad en que la intervencion de Neptuno sería suficiente para quitar á la tempestad y á la calma su conmovedor prestigio, y que la tormenta descrita en el *Don Juan* de Byron, calcada sobre relaciones de naufragios históricos, habia de tener más fuerza de emocion verdadera que los magníficos cuadros de tempestad de la *Eneida*, en que al poder de la naturaleza se sustituye la influencia mitológica de Juno, de Eolo y de Neptuno!

Cautivan á Boileau tan poderosamente las ficciones de la poesía de los antiguos, que al presentarlas como único modelo, su imaginacion se temple y se colora, y escribe el pasaje más bello que hay acaso en todo el poema. Despues de recomendar la mitología griega como fuente imprescindible de belleza poética, continúa así:

*Là pour nous enchanter tout est mis en usage:
Tout prend un corps, une âme, un esprit, un visage.
Chaque vertu devient une divinité;
Minerve est la Prudence et Venus la Beauté.
Ce n'est plus la vapeur qui produit le tonnerre;
C'est Jupiter armé pour effrayer la terre.*

*Un orage terrible aux yeux des matelots
C'est Neptune en courroux qui gourmande les flots.
Écho n'est plus un son qui dans l'air retentisse;
C'est une nymphe en pleurs qui se plaint de Narcisse.*

Por más seduccion que encierren estos elegantes versos, el consejo de Boileau no es el camino de la verdadera inspiracion. La pintura fiel y sencilla del más leve murmullo de las brisas de la primavera, de cualquiera ola del mar que se rompe gimiendo en la playa, del canto más insignificante de un ave perdida en la espesura, trae al alma de los modernos más deleite y más emocion que todas las rancias alegorías de *Narciso*, de *Neptuno* y de *Filomela*.

Hombre de clarísimo ingenio y de gusto acendrado, pero poeta sin arranque lírico y sin fantasía mística, Boileau llevó la estrechez de sus teorías doctrinales hasta el extremo de proscribir de la poesía á Dios, á los santos y á los profetas (1). No sólo prefiere lo que llama *les mille agréments de la Fable* á la expresion natural de las imágenes y de los afectos, sino que juzga que sin aquellos la poesía desmaya y muere (2). Para Boileau, pues, toda la fascinacion poética consiste en primores convencionales, y no caben en el férreo círculo de su poética ni los cantos populares, ni los fantásticos devaneos de la espiritualidad cristiana. Ni ve en el Evangelio más que un manantial triste y sombrío de penitencia y de castigo (3), ni sospecha, al parecer, que el Cristianismo ha traído al mundo un orden nuevo y completo de sentimientos y de ideas. En una palabra, según la doctrina de Boileau, erraron gravemente, al componer sus magníficos poemas, Dante, Tasso (4), Milton, Klopstock, Valdivielso, Hojeda, Acevedo y todos aquellos poetas que han buscado su inspiracion en las emociones, en las imágenes, en los arrobamientos místicos del cielo cristiano.

Luzan comprendia con su claro sentido crítico que la poesía de mayores quilates es la que emana de la inspiracion directa y sincera, y que son su mayor fuerza y su lumbré más pura las verdades del cielo y las verdades de la tierra. Tenía instruccioen y aliento para volar con alas propias; y, lejos de ser un mero propagador de ideas francesas, se apartaba mucho en ciertos casos de Boileau, y manifestamente le superaba en el sano y filosófico espíritu de las doctrinas (5).

No lleva Luzan, como lo hace Boileau, las meticulosas restricciones de escuela hasta juzgar que un nombre poco eufónico hace *barbaro* ó *burlesco* un poema entero, y á no consentir que el poeta elija por asunto de sus obras á un héroe cuyo nombre parezca insonoro (6). El

- (1) *C'est donc bien vainement que nos auteurs déçus,
Bannissant de leurs vers ces ornemens regus,
Pensent faire agir Dieu, ses Saints et ses Prophètes
Comme ces Dieux éclous du cerveau des poètes...
De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornemens égayés ne sont point susceptibles.*
(L'Art Poétique, canto 3.º)
- (2) *Sans tous ces ornemens le vers tombe en langueur,
La poésie est morte, ou rampe sans vigueur.*
(Idem.)
- (3) *L'Évangile à l'esprit n'offre de tous côtés,
Que pénitence à faire et tourmens mérités.*
(Idem.)

(4) Boileau se burla abiertamente de este gran poeta por haber presentado á su héroe como adalid cristiano. Hé aquí sus versos:

*Il n'eut point de son livre illustré l'Italie,
Si son sage héros, toujours en oraison,
N'eut fait que mettre enfin Satan à la raison, etc.*

(5) En el estilo era imposible. Luzan es un escritor vigoroso y ameno; pero Boileau es un modelo consumado de estilo claro, conciso y sentencioso. Casi no es dable ir más allá.

Luzan conocia á los preceptistas franceses y españoles, y los cita alguna vez; pero los italianos y los antiguos habian dado especialmente pábulo á sus estudios críticos. A cada paso cita en su libro á Muratori, á Orsi, á Bonamici, á Gravina, á Benio, á Minturno, á Quadrio, á Monsignani, al cardenal Pallavicino, y á otros ya olvidados.

(6) Causó enfado á Boileau el nombre de *Hildebrando*, héroe de un poema titulado *Les sarrasins chassés de France*, y esta impresioen de antipatía sugirió al poeta la exagerada sentencia:

*D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poème entier, ou burlesque ou barbare.*

A vueltas de este desmedido refinamiento, Boileau juzga cadenciosos y poéticos todos los nombres de la mitología griega:

*La Fable offre à l'esprit mille agréments divers;
Là tous les noms heureux semblent nés pour les vers.*

¡Pueril predileccion, que caracteriza fielmente la caprichosa estrechez de la escuela clásica francesa!

deseo de satirizar á escritores medianos de su tiempo hizo llegar, como se ve, alguna vez á Boileau al colmo de la preocupacion y de la intolerancia. ¿Qué habria pensado de los nombres de extraño sonido que tanto abundan en la poesía popular de los pueblos germánicos y escandinavos, y que nos parecen hasta agradables porque en ellos creemos advertir el sello de su origen?

Luzan profesa más ancha y flexible doctrina. Admite la poesía genuina de los pueblos, y reconoce las diferencias de espíritu que hay y debe haber en cada uno de ellos. «El clima, dice, las costumbres, los estudios, los genios, influyen de ordinario en los escritos, y diversifican las obras y el estilo de una nacion de los de otra.»

Con respecto al empleo de la religion cristiana como elemento poético, *Luzan* no titubea siquiera. Á pesar de las doctrinas rígidas de Boileau, á pesar de los ilustres ejemplos que confirman estas doctrinas, á pesar del gusto preponderante que en su tiempo y mucho después mantuvo con singular predileccion el uso de los emblemas mitológicos, el crítico español proscribió estos emblemas, y no admite que en las naciones cristianas puedan ser sustituidos á la presencia, á la accion, á la grandeza del Sér Supremo. *Luzan*, con su privilegiado discernimiento, comprende y explica perfectamente que la poesía, como todo, camina y cambia con los tiempos, y que éstos imprimen en las obras del entendimiento diferencias esenciales y bellezas relativas, de que no puede desentenderse la crítica justa y elevada. Advierte que el sello privativo de las costumbres y de las ideas de cada siglo no daña á la belleza verdadera; que es propio y natural que los personajes de la *Eneida*, escrita en una era de mayor cultura, sean más cultos que los de la *Iliada*, sin embargo de pertenecer todos ellos á la misma época histórica; y que no ha de desmerecer la poesía de la Escritura porque sus patriarcas y sus príncipes apacientan ganado y sus hijas van por agua á la fuente; ni tampoco «perder el concepto de Homero al ver que sus primeros personajes hacen ya de cocineros, ya de trinchantes, ya de cocheros; que hasta los porquerizos y mayores de ganado llevan el glorioso renombre de héroes, y que las princesas, como Nausicaa, van sin melindre alguno á lavar su ropa al río.»

Quien así juzga de la influencia de las costumbres en las letras, ¿cómo no habia de admitir la religion contemporánea, y especialmente la religion sublime de Jesucristo, como una poderosa palanca de emocion verdadera? Así expresa *Luzan* sus sanas doctrinas:

«La diferencia entre los poetas griegos y latinos podrá servir tambien para discernir otra semejante diversidad que hay entre los poetas antiguos y modernos... Habiendo la divina luz del Evangelio desterrado las ciegas tinieblas de la idolatría, no era menester explicar los atributos del verdadero Dios por medio de fábulas, como hicieron los antiguos; pues conocida ya una vez por el vulgo la falsedad de todas aquellas deidades, el introducir las sería lo mismo que dar por el pie á toda la verosimilitud que se requiere para que sea provechosa la poesía. Por esto los poetas cristianos, en lugar de Pluton, rey del abismo; de Mercurio, embajador de Júpiter; de dioses, de semidioses y de ninfas, introdujeron, con razon, en la epopeya ángeles buenos y malos, que en el ya mudado sistema de la religion eran más creíbles... Por eso me parece reparable en las *Lusiadas* de Luís Camoens la introduccion de Júpiter, Vénus, Baco, etc.; no por las impiedades que injustamente le imputaban, sino por lo inverosímil de semejantes falsas deidades en un poema de tal asunto y escrito para leerse entre cristianos.»

No hay para qué encarecer la distancia que media entre los principios críticos de Boileau y los de *Luzan*. Aquél se encierra en la elegancia aristocrática de la forma, en la imitacion exclusiva de ciertos modelos, en los atildamientos de la frase. Para él la poesía sin la lima académica no es poesía. Éste no consigue desprenderse completamente de las perfecciones calculadas de escuela; pero su crítica no es, como la de Boileau, exclusivamente preceptiva à posteriori: abre más dilatados espacios á la fantasía humana, y tiene más en cuenta el imperio de los sentimientos morales.

El exámen crítico de la *Poética* de *Luzan*, que publicó el *Diario de los Literatos* poco después de impresa por primera vez (1737), es sin duda uno de los juicios mejor fundados y más imparciales que se han escrito acerca de aquella importante obra. El entendimiento sano de Salafranca y de don Juan de Iriarte (1) descansaba y se complacia con aquella cuerda doctrina; pero ambos sentian y saboreaban mejor que *Luzan*, demasiado impregnado en la literatura extranjera, la poesía nacional española; y á pesar de la aversion que les inspiraban los extravijs gongorinos, y de la convicción con que censuraban la libertad desordenada que advertian en el teatro, defienden á Góngora y á Lope de Vega de injustas críticas de *Luzan*, y demuestran que el cuerdo preceptista no ha comprendido suficientemente el espíritu de aquella poesía, que en sus bellezas y en sus defectos refleja el sér moral de la nacion. El discernimiento crítico de Iriarte sube muy alto al apreciar la influencia del impulso nacional en las letras, y sorprende en verdad ver á un filólogo de la escuela clásica francesa anticipar, en la primera mitad del último siglo, principios esenciales de la moderna crítica. Juzga rectamente el carácter dramático de Lope y da á entender á *Luzan* cuán grave error comete olvidando el *despotismo democrático* que en aquellas edades ejercia el pueblo en nuestro teatro (2).

Es de notar que la crítica del *Diario de los Literatos* es más libre, más filosófica y más conforme á los sanos principios que han llegado á prevalecer en Europa, que la que sustentaron los *Luzanes*, los *Montianos* y los *Moratines*, obstinadamente apegados á la escuela francesa, que anteponia la forma convencional al fondo y al espíritu del teatro. ¡Cuánto aventaja á la crítica estrecha de Boileau, en materia de teatro, el claro instinto con que *Iriarte* defiende la escena española, recordando dramas de autores griegos y romanos en que andan mezclados personajes ilustres y vulgares, así como sucesos serios y festivos! *Iriarte* se lamenta, por otra parte, del rigor con que los preceptistas quieren añadir á la comedia, sobre las tres unidades, la *unidad de especie*, siendo así que los romanos tuvieron tantas especies diferentes de comedias, unas *pretextatas*, otras *togatas*, otras *atellanas*, otras *tabernarias*, etc., segun la diversa clase y calidad de asuntos y personas.

¡Cuánto más que las restricciones arbitrarias de escuela, que prevalecieron más adelante, se acerca á la sana crítica moderna la siguiente luminosa reflexion de *Iriarte*!

«Pudiera demostrarse que muchas de las máximas que los preceptistas establecen por leyes generales de la razon en punto de *dramática*, no son más que fueros particulares del genio y gusto de cada siglo y de cada nacion, como lo acredita la historia del teatro antiguo y moderno.»

Luzan acusa á Lope de Vega de haber compuesto un libro (el *Arte nuevo de hacer comedias*) «cuyos fundamentos y principios se oponen directamente á la razon y á las reglas de Aristóteles.» *Iriarte* no puede ni quiere sustentar los errores de Lope; pero lo defiende hábilmente, encareciendo el imperio del gusto popular en el teatro, que se impone siempre, más ó ménos, en el ánimo de los poetas y hasta en la direccion doctrinal literaria.

«Su intento (dice *Iriarte*) fué escribir un arte de hacer comedias ajustado al estilo del vulgo, que no entiende de razones ni de reglas; condescendiendo en esto á las instancias de la *Academia Matritense*, como él mismo lo declara hablando con ella:

Mándanme ingenios nobles, flor de España,

Que un arte de comedias os escriba

Que al estilo del vulgo se reciba.

(1) El notable artículo del *Diario* fué escrito hasta la página 62 por Salafranca; de allí en adelante por don Juan de Iriarte. Este insigne filólogo, más adelante individuo de la Academia Española, fué quien juzgó el libro cuarto y último de la *Poética*.

(2) Como prueba de ello, recuerda *Iriarte* que los poetas de aquel siglo llegaron á verse «precisados á solicitar la amistad y favor de cierto zapatero de viejo, llamado *Sanchez*, caudillo de los *mosqueteros* y formidable juez de los corrales» (teatros). (*Diario de los Literatos*, tomo IV, pág. 84.)